



ALTO EL PERÚ



JULIO CORTÁZAR
MANJA OFFERHAUS



siglo
veintiuno
editores



Foto: Carol Dunlop

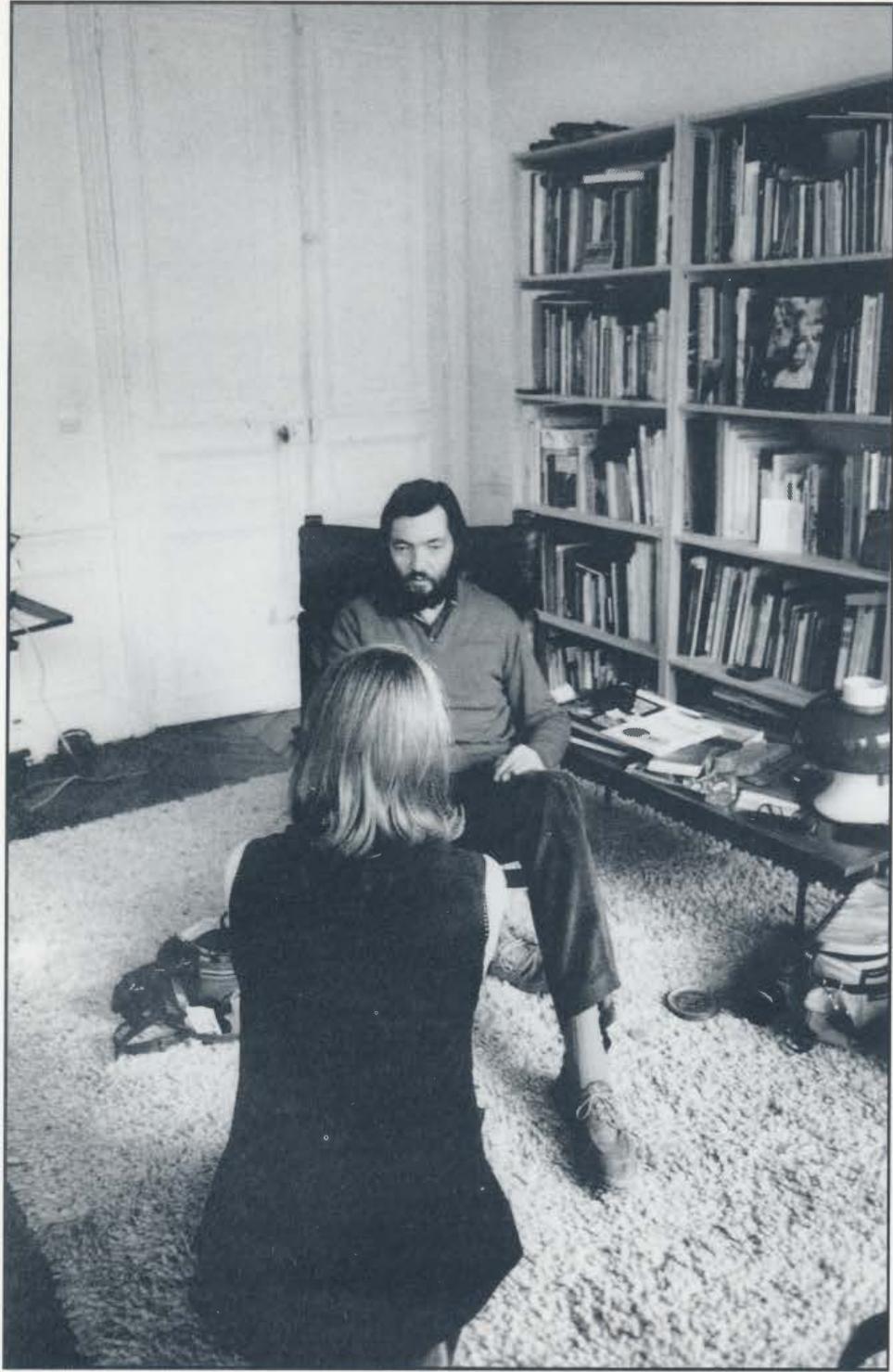


Foto: Carol Dunlop



Sin que nada de esto tenga mayor importancia, creo que hay aquí toda la libertad posible entre dos maneras de ver que confluyen sin confundirse, que se alternan, se contestan y se funden como a lo largo de una sonata para dos instrumentos.

No sé demasiado cuál es el estado de ánimo de Manja Offerhaus cuando toma sus fotografías; por lo que se refiere a mí, una vez más me ha ocurrido no tener ninguna idea precisa al escribir lo que sigue. Las imágenes preceden por varios años al texto, y entre nosotros no hubo el menor acuerdo previo en el sentido de un reportaje o una encuesta; el resultado es que imágenes y palabras se imbrican a su manera, y si las palabras no son un comentario, las fotos no son una ilustración; juego de espejos o cajas de resonancia, unas ahondan en otras y las devuelven con un aura diferente.

No es la primera vez que intento lo que llamo textos paralelos, pero ya se ve que en este caso el paralelismo es más que dudoso y en todo caso extremadamente einsteiniano: todo converge y diverge, todo va y viene (o busca ir y venir) de la mirada que entra en un campo de tres dimensiones a la que recorre ese hilo tipográfico que se resuelve en signos descifrables. Si en los dos casos hay comunicación, la índole del contacto de la mirada con una imagen o con una serie de palabras crea siempre una distancia, una especialización; precisamente por eso aquí se busca fusionar lo más posible esos significantes tan disímiles pero cuidando de no confundirlos ni derogarlos. Creo que ambos siguen plenamente abiertos; hay esa apertura a la que incita la fotografía cuando arranca una escena al tiempo y al espacio y la propone en un plano y una duración diferentes, y hay la apertura de un lenguaje igualmente instigador de un tiempo y un espacio diferentes, pero de adentro.



El poeta, contradicción permanente, teje el poema con las arañas pero a la vez quisiera las cosas fuera de la tela, las cosas moscas en su libre vuelo. Sabe que de alguna manera mata las cosas al nombrarlas (Rilke *dixit*) y por eso, ya que no puede no tejer la tela, multiplica las oportunidades de la distracción, mezcla las barajas del presente, cambia los sentidos, enloquece las agujas de marear, confunde entrar y salir, cara y cruz, arriba y abajo.

Así por lo menos –esto yo se lo estaba diciendo a Manja Offerhaus la tarde en que me mostró sus fotos del Perú– se abre para el poeta un margen de libertad al precio de un posible error, sin el cual su realidad se volvería mera máquina. A esta altura de mi vida, date cuenta, no puedo aceptar una araña para cada mosca, es decir que las acepto puesto que las estoy escribiendo (un año después de esa tarde al comienzo del párrafo, lo que forma también parte del desbaraje deliberado) pero hago todo lo posible para que las arañas se equivoquen de mosca y caigan sobre otra cosa.

